

PUBLICACIÓN >> LA MÁS RECIENTE NOVELA DE ANA TERESA TORRES

Exilio y reescritura de la historia: una aproximación a *Desterrados*

"La dedicatoria, los agradecimientos, el epígrafe de Luis Cernuda, configuran ya un conjunto de paratextos que van sugiriendo un sentido, una línea de significación que desde el título (*Desterrados*), nos habla de fracturas, de quiebres, de separaciones violentas, algunas inesperadas o abiertamente impuestas"

FLORENCE MONTERO NOUEL

Nuevamente la escritura de Ana Teresa Torres hace un acercamiento a procesos históricos para construir un universo ficcional. Como en algunas de sus narraciones anteriores la escritora recurre a la investigación, al registro historiográfico, para recrear sucesos en el espacio literario, que le brinda la opción de modelar historias alternativas, aproximaciones libres a acontecimientos relevantes. En este sentido, la noción de intrahistoria, que ha servido a algunos críticos para desarrollar estudios sobre su obra, vuelve a ser pertinente.

La novela, que en gran parte apoya su estructura en la representación del éxodo judío, de las migraciones, del exilio que surge de la persecución y la expulsión del lugar propio, abandonado de manera abrupta para alcanzar una posibilidad de supervivencia, plantea no solo la discriminación y el prejuicio racial que llega al crimen, sino también la condena política, justificada por los complejos mecanismos del poder.

La dedicatoria, los agradecimientos, el epígrafe de Luis Cernuda, configuran ya un conjunto de paratextos que van sugiriendo un sentido, una línea de significación que desde el título (*Desterrados*), nos habla de fracturas, de quiebres, de separaciones violentas, algunas inesperadas o abiertamente impuestas. Es relevante la solidez del discurso histórico que acompaña la narración, revelador de una investigación minuciosa y organizada. Pero es justamente en este punto donde consideramos esencial destacar el vínculo que se establece entre los datos históricos, la investigación documental y las nociones sobre teoría literaria que constituyen un sustrato importante en la construcción de lo narrado y que se anuncian con claridad en la cita extraída de la entrevista a Almudena Grandes:

“La historia respeta la verdad. La ficción histórica la verosimilitud. Un historiador tiene que contar la verdad, aunque parezca mentira. Un novelista construye un relato que tiene que parecer verdad y es mentira”. Del mismo modo, el epígrafe de Walter Benjamin, que introduce el Capítulo I, es clave para leer esa intención de “armar” el pasado, de reconstruirlo desde la libertad que brinda el ejercicio de la memoria:

“Articular históricamente el pasado no significa conocerlo ‘tal como verdaderamente fue’. Significa apoderarse de un recuerdo tal como este relumbra en un instante de peligro”.

La conciencia de la producción ficcional, de que se están creando entidades, figuras, situaciones ficticias que obedecen a la lógica interna de un espacio imaginario, pero aluden a lo real de manera convincente, manteniendo su apariencia de verdad, subyace en varias novelas de Ana Teresa Torres y, en algunos casos, se hace evidente, como ocurre, sobre todo, en *Doña Inés contra el olvido* (1992) y *Los últimos espectadores del acorazado Potemkin* (1999), textos en los que la reflexión sobre la construcción de universos ficcionales se revela como uno de los asuntos centrales de la historia narrativa.

El nexo entre la prosa de ficción y lo histórico abre la posibilidad de estructurar nuevas vías de comprensión del pasado y su incidencia en el mundo actual. Pero, quizá lo más cautivador de este tipo de novelas sea la libertad de construir una reescritura de la historia, que se muestra como alternativa para descubrir, desde situaciones cotidianas, domésticas, desde la vida íntima y, en ocasiones, aparentemente intrascendente de los personajes, nuevas perspectivas para “leer” ese pasado.

En *Desterrados* entramos en contacto con hechos claves para el desarrollo del siglo XX (la Primera Guerra Mundial, la Revolución rusa de 1917, la Guerra Civil española, la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo). Del mismo modo, el texto muestra, a partir de episodios referidos al ámbito privado, a las vivencias íntimas de los personajes, acontecimientos centrales de la historia venezolana de los siglos XX y XXI, hasta llegar a 2025. En este sentido vale la pena señalar que el diseño de la urbe caraqueña, de su ambiente; las costumbres que la han caracterizado en distintas épocas; la significativa presencia de inmigrantes en ella, constituyen parte de esa escritura de Torres que busca trazar un perfil de la ciudad revelador



ANA TERESA TORRES / ©DAVID RABANALES

de sus contradicciones, del sueño modernizador –que largo tiempo marcó sus expectativas de “progreso”– y de la decadencia que hoy la atraviesa.

El lenguaje de la novela es eficaz para integrar en su construcción narrativa el acontecer del espacio público, los cambios sociopolíticos que desestabilizaron territorios enteros y convulsionaron a la población hasta penetrar en su más profunda intimidad. Porque el drama del exilio, las rupturas que implica, trascienden en el texto los conflictos bélicos internacionales, la persecución política y el crimen de odio, para penetrar en la incidencia que todo esto tiene en la estructura del “yo”, en la identidad

individual, en la subjetividad de los personajes, en la fundación de sus relaciones interpersonales, en su mundo afectivo. De allí que destaquemos la importancia de tener en cuenta el título, porque *Desterrados* nos lleva de manera inmediata no solo al desalojo, a la huida desesperada, sino también al sentirse arrancado y lanzado desde el lugar de las raíces hacia el vacío, hacia la incertidumbre y, en ocasiones, hacia la muerte. La pérdida del territorio no solamente se refiere a lo geográfico, sino al espacio del origen, donde ha ocurrido la fundación de la vida.

(Continúa en la página 9)

Ana Teresa Torres en la poética de la transterración

"En *Desterrados* hay una reflexión sobre la dificultad de regresar al pasado y el peso de las pérdidas personales y familiares. A través de relatos cruzados, la autora muestra el destierro –y el exilio o ambos– como una experiencia tanto física como psíquica, cuyas cicatrices buscan fondo en la melancolía, los silencios y una insistencia en preservar la memoria"

JACQUELINE GOLDBERG

El 15 de abril de este 2025, recibí un mensaje de WhatsApp de Blanca Elena Pantin. En nombre de su editorial y de Ana Teresa Torres, me invitaban a presentar *Desterrados*.

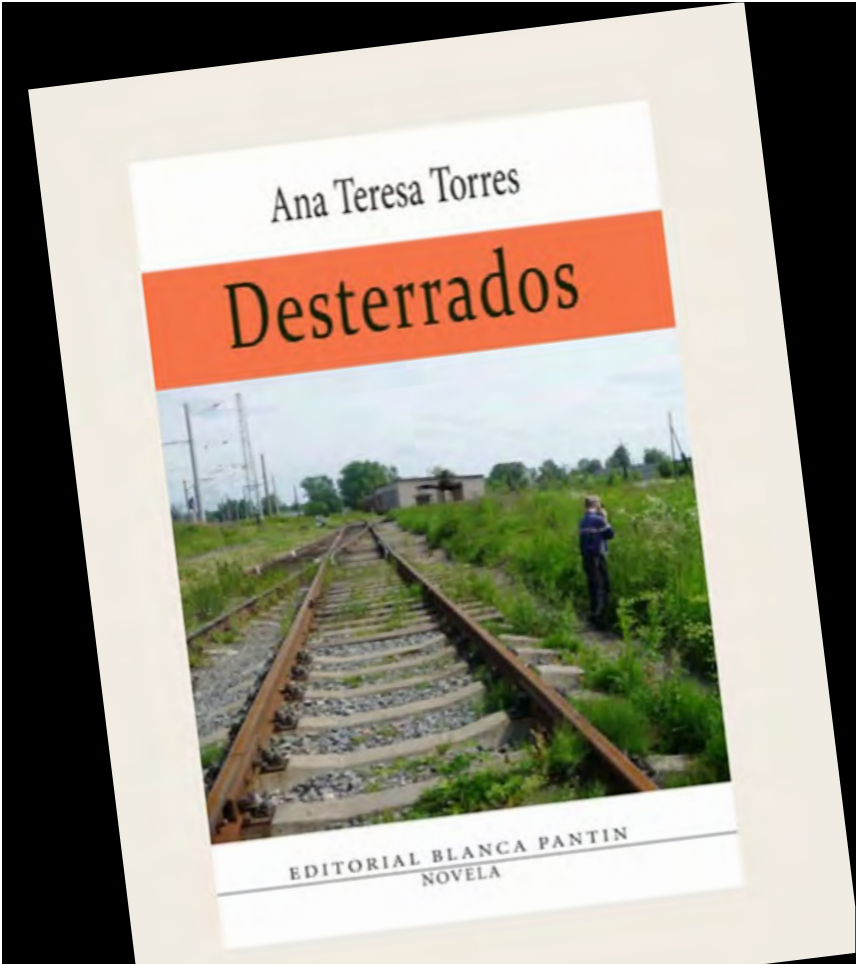
Aquel mediodía de martes de Semana Santa, salté de alegría como si me hubiera ganado un premio y respondí de inmediato que, por supuesto que sí, que qué emoción y qué honor. No sabía en qué lío me estaba metiendo.

Acepté de inmediato porque me mataba la curiosidad tener en mi pantalla una nueva novela de Ana Teresa Torres, a quien he admirado desde siempre. Un manuscrito recién horneado, aún en proceso de corrección; un privilegio con delicioso carácter de secreto. Pero también una responsabilidad y un susto tan punzante que debí decirme: Calmate mijita, faltan cinco meses y quién sabe cuántos ceros al dólar, eso queda en un futuro

lejanísimo en un país donde no sabes qué pasará esta misma noche.

Pero el futuro llegó y aquí estamos. Miércoles 24 de septiembre.

Comencé a leer *Desterrados* preguntándome por qué carajo me habían escogido a mí y por qué acepté, habiendo tantos académicos, narradores y gente seria que no tartamudea. ¿Será porque uno de los personajes se llama Luba, como mi abuela materna? ¿Será porque se habla del mismo exilio y desarraigo que experimentaron mis cuatro abuelos polacos? ¿Será porque en 1939 unos personajes de la novela se hacen en París las mismas preguntas que debieron hacerse allí mis abuelos sobre si huir, quedarse y cómo hacerlo? Por supuesto, los personajes de la novela fueron más visionarios que mis abuelos, y dejaron la guerra atrás para ir a Argentina. Me preguntaba si la elección, que todavía me tiene nerviosa, sería porque la psicoanalista que es Ana Teresa Torres ha visto en mis ojos que



no hay un solo día de mi vida en el que no me batukee la diatriba sobre si irme o quedarme, si hago bien en quedarme, si acaso tiene sentido este quedarme yéndome, este irme a diario desde la quedadera y la escritura. La señora realidad –como suele nombrarla Lili, uno de los personajes– es que la migración forzada es un lugar común que mi familia no sacó de un sombrero ni se inventó en este país maltrecho de la última década. Y esa es, precisamente, una de las grietas que más me interesan de esta novela: la constatación de que la migración es el oficio más antiguo del mundo, y no aquel otro.

Una vez que mi ego se aquietó y pu-

de plantarme frente a la novela, subí a otra montaña rusa. Y digo, literalmente, una montaña rusa. La cantidad de personajes me resultó, en un principio, abrumadora, igual que me ocurrió cuando leía a Tolstói o Dostoiévski y *Cien años de soledad*. Soñé con una última página con un árbol genealógico. Debí decirme de nuevo: Calmate mijita, ya irán calzando los ramajes, la escritora te recordará quién es quién y sus relaciones. Y, efectivamente, así fue.

En *Desterrados* hay una reflexión sobre la dificultad de regresar al pasado y el peso de las pérdidas personales y familiares. A través de relatos cruzados, la autora muestra el destie-

rrero –y el exilio o ambos– como una experiencia tanto física como psíquica, cuyas cicatrices buscan fondo en la melancolía, los silencios y una insistencia en preservar la memoria. El viaje es el asidero de la introspección y la reconstrucción de identidades. Los personajes destejen sus vínculos mientras buscan comprender las consecuencias emocionales de acontecimientos de los siglos XX y XXI.

A mí, más que seguir hablándoles, me interesa que Ana Teresa Torres nos cuente cómo tejíó este libro de trama tan compleja, con personajes que atraviesan varias generaciones y husos horarios. Hay, al menos, treinta personajes con nombre propio y un papel relevante.

Me encantaría saber sobre la investigación que emprendió. Me gustaría saber sobre sus anotaciones para no perder el hilo o, mejor dicho, los muchos hilos que aquí se bifurcan.

Haciendo un juego que hoy permiten las versiones digitales de los libros –y recordando cuánto gustaba eso a Julio Miranda–, busco palabras, las contabilizo: *migración* se menciona una sola vez, *diáspora* también una sola, *exilio* dieciocho veces, *inmigración* dos, *emigrado* diez, *emigrante* siete, *exiliado* catorce.

Destierro aparece tres veces, una de ellas en el rotundo epígrafe de Luis Cernuda que abre el libro:

*Ellos, los vencedores
Caínes sempiternos,
De todo me arrancaron.
Me dejan el destierro.*

El vocablo *desterrado* aparece cuatro veces: en el título, en los créditos, en una línea sobre una salida de Polonia y en el siguiente párrafo, que creo la conexión entre la historia universal y nuestros recientes acontecimientos:

(Continúa en la página 9)